

*Cuando todo calla*

HUGO MUJICA

Madrid, Visor, 2013, 70 pp.

*reseña de* Juan Carlos Abril

El último libro de Hugo Mujica (Buenos Aires, 1942), XIII Premio Casa de América de Poesía Americana, se parece y no se parece a las últimas entregas de Hugo Mujica. Es decir, su poesía entronca en un *continuum* estético, va profundizando en una voz que fluctúa a lo largo de las páginas indagando en sí misma, en sus propios límites. Porque hablamos de una poesía de límites, de una anagnórisis del propio espacio textual de la materia fónica en su incesante *dictum*, de una valoración semiótica en torno a los procesos especulativos de la palabra, tanto expresada por escrito u oral, como pensada, ya que tanto valor posee lo que se dice como lo que no se dice, lo que se omite como lo que se manifiesta. Lo dicho, pensado o callado, pues no por el hecho de callar nos encontramos frente al vacío en el sentido negativo clásico del término. Callar no significa ausencia de actividad. En «XXX» lo explica así: «Es en lo que no es / que la luz / se expande luz, // sobre lo que es / muestra lo que es / lo que ya carga / con su sombra, // y es en el vacío que / resguardamos / –allí donde no somos– / donde encuentra / espacio la vida / para seguirnos creando.» (p. 44). Vemos aquí la separación antinómica de nociones filosóficas clásicas y la búsqueda de un estado posterior al encuentro de estas tradicionales dicotomías racionalistas, que no nos dejan pensar el «vasto mundo plásti-

co, supermodelado y vacío» que dijera Carlos Martínez Rivas. Una visión de paralaje en torno al ser, podríamos resumir.

En el caso de la extensa e intensa trayectoria de Mujica se trata de un mismo poema que va escribiéndose desde hace ya varias décadas: asistimos en cada entrega poemática a una decantación de ese poema que como un río nunca acaba de desembocar, manando desde el nacimiento hasta el mar. Siempre moviéndose, siempre ahí mismo, pero nunca igual. Por esta contingencia del ser o del estar, de la presencia o la ausencia, de la *stasis* frente a la *kinesis*, de las formas o de los contenidos, el eje de la dialéctica paradójica –con tintes filosóficos que podrían resumirse en el binomio superestético kantiano– explica en muchas ocasiones las dualidades aparentes, las contraposiciones, las incursiones en la especulación abstracta: «Nada termina de comenzar / ni jamás algo concluye, // tampoco que sin estar / deja de crearnos.» (p. 17), y su abolición. El verbo que nace, sin embargo, no es ajeno a controversias o contradicciones, y no elude en ningún momento la estela que deja, sea dicho o no dicho, pues funcional y semióticamente da igual, siempre que sea expresado en su naturaleza pervasiva, cognitiva y performativa: «Invisible / un pájaro taja su huella / honda / como sin fondo / abierta, como destechada. // Siempre es en lo abierto / donde todo se aúna, / sin

afuera / ni adentro / aquí, en esta herida.» («XVII», p. 31). Herida romántica en el seno de la modernidad, imposibilidad rilkiana del decir. Herida sin posibilidad de sutura. Pero herida por la que respiramos.

*Cuando todo calla* se compone de las ya habituales –según veníamos contando en Mujica– tiradas de poemas breves, en este caso cincuenta fragmentos, numerados en romanos. ¿Fragmentos dependientes unos de otros o composiciones cerradas? Sería interesante incidir en este particular asunto, ya que dependiendo de su concepción entenderíamos esta poesía, y su finalidad, en un sentido u otro. Su caída en cascada plantea un fluir constante, una corriente a saltos, que sin dejar de pertenecer a un mismo fluir, como hemos dicho, traza diferentes pasos o estancias. El poeta lo esboza en varios momentos, como en «Hay una hendidura / en la palabra / hendidura, // un desgarró donde / cada palabra calla, / donde todo callar crea; // es lo que en el decir es aliento / no sonido, / es donde en cada palabra / nos escuchamos revelados.» («VI», p. 18). Hendidura, estancia, tajos, grietas, abismos, sombras, noche, pasos... Hugo Mujica trabaja con tenacidad la relación silencio/palabra para entregarnos unas enjundiosas reflexiones acerca del origen y la finalidad del propio decir, de nuestra propia naturaleza humana. Se trata en última estancia de una indagación en la utopía de un lenguaje colectivo, un lenguaje que vaya más allá de la utilidad pragmática o mercantilista a la que lo ha reducido nuestra civilización, y acaso toda civilización. Un lenguaje que lance vínculos que nos una. En cierto modo incluso podríamos retrotraernos a ese paso en que el ser humano primitivo comienza a utilizar la garganta y las cuerdas vocales para comunicarse con el otro.

Hendidura como «revelación», tajos como en «LXIV»: «Hay tajos / que son de amor / que nos abren un adentro; // hay tajos, / esos mismos tajos, / que nos salvan de no-

sotros: / que nos regalan su afuera.» (p. 60). Y su afuera se muestra como esa revelación o epifanía de lo que es, lo que permanece a pesar de todo, y que somos capaces de reconocer. En la conciencia de las cosas, de estirpe fenomenológica, se halla esta poesía que aspira a superar –si es que existe el concepto de superación– el conocimiento del mundo como meta última, como en «XXXIX»: «Saltar, / saltar de verdad, / es llegar hasta el abismo / desde el que se saltó // no hay nada que saber / salvo llegar a saberlo.» (p. 55). El conocimiento no puede ser el final, porque habría que cuestionar también los finales como materia inconclusa de la existencia y el devenir, *panta rei* por el que circulamos en tránsito. «Al final no habrá final / habrá la entrega» (p. 65), nos asegura el poeta en el penúltimo texto de *Cuando todo calla*.

El conocimiento es un modo de conformarnos compasivamente con los ciclos de la naturaleza y el misterio que nos invade, con los retos a los que nos enfrentamos, y con nuestra propia capacidad de comprender lo que sucede, el poliedro –tantas veces espinoso– de la realidad. Ese conocimiento se basa en la discontinuidad, con cortes, con rupturas. Una suerte de pensar a golpes. Y es ahí donde respondemos a la cuestión anteriormente planteada: no se trata de un fragmento en el que se van introduciendo modulaciones o variantes, sino de un fluir con cláusulas, recodos, lugares desconocidos en el sentido rizomático del término, lejos del pensamiento occidental racionalista, arbóreo y perfectamente controlado. Una *coupure* epistemológica precedida por una quiebra semántica y sintáctica, una disolución que arrastra pliegues y repliegues, que nos transporta hacia los grandes lagos de la conciencia. La poesía de Hugo Mujica nos acompaña a pesar de que autor y lector vaguemos por la inhospitalidad de una tierra baldía, humanamente deshabitados. Pero a pesar de todo brota la palabra poética, sigue brotando.